

Relaciones Interpersonales

Llamados a amar, a perdonar y a servir

Hay algunas cosas que no podemos hacer solos. Una ellas, por ejemplo, es disfrutar de una “luna de miel”. Uno solo tampoco puede formar un equipo de fútbol o una familia. En la vida cristiana también hay cosas que no podemos hacer solos. El uso de términos como “la familia de Dios” y “la iglesia” nos enfatizan esto. Nunca ha sido la intención de Dios que un Cristiano viva aislado. Al contrario, somos llamados a vivir la experiencia cristiana en comunidad, como parte de esa familia de Dios.

Existen unos versículos en el Nuevo Testamento que tratan el tema de las relaciones cristianas interpersonales. Muchas de estas instrucciones se pueden identificar por el uso de una palabra griega que es traducida al castellano como “unos a otros”, “los unos a los otros”, “los unos para con los otros”, “entre vosotros”, “entre sí” o “cada uno con los demás”. Esta palabra griega aparece más de 70 veces. Los versículos que tienen estas expresiones nos enseñan como debemos relacionarnos entre cristianos, como vivir la comunión. Estos versículos son bien prácticos y somos llamados a esforzarnos por obedecerlas. Miremos tres de estos llamados:

1. Llamados a amarnos los unos a los otros

La escena es la última cena Pascual. Mientras el Señor Jesús terminaba de contarle a sus discípulos que pronto volvería a su Padre, les dio este nuevo mandamiento: “Que os améis *unos a otros*; como yo os he amado, que también os améis *unos a otros*”. Luego añadió: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor *los unos con los otros*” (Juan 13:34-35).

Observemos que el Señor Jesús no les dio “una nueva sugerencia” ni “una buena idea”. Les dio una orden, un mandamiento. No es una opción. Pero ¿qué tiene de nuevo este mandamiento? Mucho antes, los Israelitas habían recibido de Dios el mandamiento: “amarás a tu prójimo” (Levítico 19:18). Pero el mandamiento del Señor Jesús tiene un enfoque nuevo. No dijo “amarás a tu prójimo como a ti mismo” sino amarás “como yo os he amado”. Entendámoslo bien, ¡nuestro estándar de amor es la que nos mostró el Señor Jesucristo!

El Señor Jesús dijo que si expresamos esta calidad de amor entre nosotros, le demostramos al mundo que sí somos Sus discípulos. Creo que a veces queremos mostrarles a todos que somos verdaderos discípulos de Jesucristo por la doctrina que enseñamos, por la literatura que repartimos, por el orden en nuestra congregación, o por los himnos que cantamos. Algunos piensan que se identifican como verdaderos discípulos de Jesucristo porque pertenecen a alguna denominación importante, movimiento histórico o agrupación Cristiana. Sin querer minimizar la importancia de una alabanza sincera y de la sana doctrina, debemos aceptar la fuerza de las palabras de nuestro Señor Jesús: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuvieses amor los unos con los otros”. ¿Amo de corazón a todos mis hermanos y hermanas en Cristo? ¿Será que aquellos que observan nuestro comportamiento pueden concluir que somos verdaderos discípulos del Señor Jesús?

Desafortunadamente, a veces los cristianos nos criticamos duramente los unos a los otros – el estilo en que ella se viste, la manera en que él se expresa, el rimo que ella canta, la forma en que él predica... a veces regamos rumores extraños y hacemos que alguna persona se sienta mal o se desanime. Esta manera dañina de actuar no es algo nuevo. Hace casi 2000 años, el apóstol Pablo le advirtió a los cristianos en Galacia: “Pero si os mordéis y os coméis *unos a otros*, mirad que también no os consumáis *unos a otros*” (Gálatas 5:15). Aquí el “morder” y el “comer” habla de hacer daño con la boca. En estos días caracterizados por el individualismo y la indiferencia, Dios nos llama a que nos amemos los unos a los otros con un amor incondicional. Miremos algunas características de ese amor:

Tolerancia: Pabló les rogó a los cristianos en Éfeso a que se comportaran “como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia *los unos a los otros* en amor” (Efesios 4:1-2). ¿Por qué se nos llama a soportarnos los unos a los otros? Sencillamente porque es muy necesario. Sería maravilloso si todos los cristianos fuesen maduros, responsables, humildes, considerables, tiernos y amorosos. Pero la realidad es que algunas veces estamos cansados, a veces somos carnales, inmaduros o egoístas. Es por eso que el amor cristiano requiere que seamos tolerantes con los demás. Esto no es una indiferencia frente al pecado o la mala doctrina. Debemos soportarnos los unos a los otros porque debemos obedecer un mandamiento del Señor.

Respeto: algunas veces como cristianos decimos y hacemos cosas dañinas. Como humanos a veces actuamos de manera carnal. Pero aún cuando nuestro hermano se comporta mal o tenemos desacuerdos, las Sagradas Escrituras nos enseñan a tratarnos con humildad y respeto: “Someteos *unos a otros* en el temor de Dios” (Efesios 5:21). Al amarnos y respetarnos, mostramos reverencia para con nuestro amado Salvador.

Preocupación: Al comparar la iglesia de Jesucristo con “un cuerpo”, el apóstol Pablo concluye “que los miembros todos se preocupen *los unos por los otros*. De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él” (1 Corintios 12:25). El amor cristiano por naturaleza se expresa en preocupación mutua. ¿Siente usted algo cuando su hermano pierde su trabajo? ¿Empaliza cuando una hermana en la fe es hospitalizada? ¿Busca formas de ayudar a esa persona nueva llega nueva que llegó a su barrio o a su congregación?

2. Llamados a perdonarnos los unos a los otros

Una gran parte del manual de un computador está escrito para ayudar al usuario a identificar y corregir problemas y errores. Nuestras relaciones interpersonales son mucho más complicadas y más delicadas que un computador. Todos tenemos diferentes gustos, diferentes maneras de ver la vida, diferentes costumbres y expectativas. Aparte de estas diferencias, a veces estamos cansados, frustrados o enojados. Con facilidad podemos ofender o ser ofendidos. Por eso Cristo nos manda a perdonarnos los unos a los otros. Guardar rencor contra un hermano es pecado, aún si el hermano es culpable. En Efesios 4:31-32 leemos: “Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira...Antes, sed benignos *unos con otros*, misericordiosos, perdonándoos *unos a otros*, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo”.

¿Entonces qué debemos hacer cuando ofendemos o nos ofenden? ¿Sencillamente perdonar y olvidar? ¿Será que ignorar un mal promueve la injusticia? A veces ofendemos sólo a Dios – como con nuestros pecados de pensamiento. Pero en otras ocasiones, como en el caso de hijo pródigo, pecamos contra el cielo y contra el prójimo (Lucas 15:21). En estos casos debemos arreglar las cosas tanto con Dios como con el prójimo ofendido. Si un hermano peca contra mí y no parece preocuparle lo ocurrido, yo lo debo perdonar de todas maneras, no porque él se lo merezca sino porque soy un cristiano y debo obedecer los mandamientos del Señor. El perdonar trae paz al corazón y abre la puerta para servir al Señor con gozo. Si la otra persona no quiere arrepentirse o escoge no perdonar, eso es un problema entre él y Dios.

En Mateo 18 encontramos instrucciones prácticas para restaurar relaciones rotas entre creyentes en una iglesia local. Si un hermano causa ofensa, se debe buscar al hermano y hablar con él a solas. Si la situación no se resuelve, se debe llamar a uno o dos hermanos de confianza para juntos hablar con él. Si todavía no hay progreso y el hermano que causó la ofensa no quiere reconocer su error, entonces se involucra toda la iglesia local. Si aun así, el hermano no se humilla, la iglesia debe actuar. Pero notemos que el primer paso es buscar al hermano que ha ofendido y dialogar con él en privado. Muchos ofensas y malentendidos entre creyentes podrían haber sido resueltas de una manera sencilla y sana si sólo hubiésemos seguido estas instrucciones claras de nuestro Señor Jesucristo.

Mi responsabilidad personal es la de perdonar: “Soportándoos *unos a otros*, y perdonándoos *unos a otros* si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros” (Colosenses 3:13). En estos días caracterizados por conflictos y ofensas, Dios nos llama a esforzarnos a vivir en armonía con nuestros hermanos, perdonándonos los unos a los otros así como Cristo nos ha perdonado.

3. Llamados a servirnos los unos a los otros

“Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir” (Marcos 10:45). En esa misma noche, unas horas antes de que el Señor Jesús fuese traicionado y entregado para ser crucificado, el Señor escogió enseñar una lección que sus discípulos nunca olvidarían. “Se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando

una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un librito, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido” (Juan 13:4-5).

Nos podemos imaginar como se sintieron los discípulos al ver esto. Quizá algunos estaban esperando que un discípulo “júnior” se levantara para hacer ese trabajo. Es posible que el apóstol Pedro pensara: “yo soy el discípulo que he recibido las llaves del reino - que otro discípulo lave nuestros pies”. Antes de empezar a criticar a Pedro, consideremos nuestra propia forma de pensar: “Yo he estado sirviendo al Señor en esta iglesia por más de 10 años - que uno de los nuevos limpie la capilla. Yo lo he hecho tantas veces y nadie me da las gracias. Ya no lo vuelvo a hacer – que lo haga otro”. Después de limpiarle y secarle los pies a todos sus discípulos, Jesús dijo: “Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies *los unos a los otros*. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis” (Juan 13:14, 15).

El apóstol Pablo enseñó lo mismo: “Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor *los unos a los otros*” (Gálatas 5:13). Pero para poder servirnos los unos a los, es necesario abrir bien nuestro ojos para ver las necesidades que hay a nuestro alrededor. Debemos cultivar un interés sano en los demás. Debemos estar preparados y dispuestos para dar esa palabra de aliento, hacer esa visita pastoral, hacer esa llamada telefónica, escribir esa carta... El Señor sabe que en la lucha de la vida podemos sentirnos desalentados. Por eso encontramos en las Sagradas Escrituras instrucciones como: “alentaos *los unos a los otros*” (1 Tesalonicenses 4:18). En estos días caracterizados por el egoísmo y la apatía, Dios nos llama a servirnos los unos a los otros.

Conclusión

El apóstol Juan ya era un hombre avanzado en edad cuando escribió las tres cartas que llevan su nombre. Estas cartas reflejan sus experiencias durante los primeros 50 años de la historia de la Iglesia de Jesucristo. Juan vivió esos años cuando la Iglesia creció rápidamente, vivió esos tiempos de persecución, tiempos de problemas internos y externos, vio la hipocresía de algunos, participó en largos debates doctrinales, escuchó muchos sermones... Casi podemos escuchar las palabras del anciano apóstol, con una expresión pensativa en su rostro: “Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Juan 3:18). Y usted, ¿cómo está manejando sus relaciones interpersonales? Como cristianos, nuestras relaciones deben reflejar nuestro llamado: somos llamados a amar, a servir y a perdonarnos los unos a los otros. Vivamos estos llamados - ¡con hechos y en verdad!

Felipe Nunn
Londres, Inglaterra
1994

Traducido por:
Elisabeth Nunn

Fuente: www.philipnunn.com